

electoral más alta alcanzada hasta entonces —y que no ha podido ser igualada ahora—: casi el 78 por ciento.

Vinieron las reformas de 1996 y el sistema volvió a ampliarse cuando el PRI ya había perdido varias gubernaturas. Posteriormente perdería la Ciudad de México, la mayoría legislativa en la Cámara de Diputados y la elección presidencial del año 2000.

Algunos quisieron ver nuevas torceduras con la victoria del PAN y de Vicente Fox, y posteriormente con la cuestionada elección de 2006 y el triunfo de Felipe Calderón. No fue así. Las instituciones políticas resistieron y las reformas constitucionales introdujeron una mayor capacidad de respuesta institucional ante los problemas de nuevo cuño.

Así y con un mayor número de partidos políticos, se desarrollaron en paz los procesos electorales de 2012 y 2018.

La cuarta torcedura de México comenzó con la llegada al gobierno de la llamada 4T. ¿Las razones? Algunas han sido explicadas sobradamente y se encuentran aterrizadas en las nuevas realidades. Primero, un mal diagnóstico de los grandes problemas de México, porque se puso por delante la ideología de los integrantes del nuevo gobierno, negando los avances y desconociendo lo realizado hasta entonces. Cero continuidad y mucha regresión, con obras caras y poco viables.

Después, el resurgimiento de vicios que ya se habían combatido mediante reformas incorporadas al sistema: el nombramiento de numerosos familiares en tareas oficiales, reviviendo el nefasto nepotismo en el servicio público; la improvisación de funcionarios para desempeñar tareas administrativas —90 por ciento de lealtad y 10 por ciento de capacidad—, y la interrupción de programas y



proyectos gubernamentales que ya habían demostrado su eficacia o viabilidad: el Seguro Popular, el aeropuerto de la Ciudad de México, la reforma educativa, la reforma judicial, el control de la deuda pública —hoy incontrolable— y las guarderías, entre otros. También, la concentración de los poderes constitucionales en el Ejecutivo, mediante procedimientos

amañados en el Poder Legislativo, así como el desmantelamiento de reformas efectivas del Poder Judicial para construir un poder a modo y parcial, mediante la elección de sus integrantes. Eso fortaleció la presencia de la delincuencia organizada en el territorio. Además, la cerrazón política, ignorando de punta a punta a los adversarios y a quienes piensan de

manera distinta a la línea oficial; la ausencia de diálogo político con la diversidad de México, y otros problemas que hemos padecido durante los últimos años.

Se trata de la torcedura más costosa de cuantas se han vivido y experimentado en México durante los últimos 58 años.

A diferencia de Nicaragua y de otros regímenes que han involucionado políticamente, llevándose a sí mismos hacia una regresión histórica y desconociendo derechos y avances políticos, a los mexicanos todavía nos queda la opción de renovar los poderes mediante el ejercicio del derecho al voto.

Ante esa posibilidad, el oficialismo ya toma medidas: adelanta candidaturas y gastos de campaña en contra de las disposiciones legales, mientras trata de limitar el ejercicio de las libertades de expresión con un nuevo tipo de censura oficial.

¡Cuidado con esas estrategias! Hay que hacer una lectura muy precisa de la historia y de las consecuencias que esas acciones han tenido en otras realidades. Los habitantes de los países de Europa del Este creían que los esperaba al paraíso cuando se produjeron los cambios ocasionados por la caída del Muro de Berlín, en 1989. No hubo tal paraíso. Lo que siguió fue el desencanto y la frustración.

Octavio Paz afirmaría en aquella ocasión que la historia no deja de ser una caja de sorpresas.

Muchos mexicanos creyeron en las promesas de cambio real y en las transformaciones ofrecidas por Morena en 2018. Ahora, el desencanto es mayor que la satisfacción. Hay que cuidar con pinzas el derecho a votar. No habrá de otra.

*** Presidente de la Fundación Colosio. Correo: bulmarop@gmail.com**